

El Obispado no está dispuesto todavía por cuanto supone reforma de Estatutos que, repitió el Prelado, ha de estudiarse minuciosamente. Por eso los nombramientos efectuados son desde el 5 de marzo último hasta la Semana Santa de 1978 aunque, eso sí, Monseñor reconsideró la petición de la Junta en el sentido de ampliar la de Diputación, sustituyendo los siete miembros-vocales por todos los representantes de las distintas Cofradías.

¿Se ha iniciado el proceso de reforma de Estatutos con las posiciones adoptadas? La Junta de Cofradías está dispuesta

a ello porque considera que el aspecto organizativo de la Semana Santa es de su única competencia. Para el Obispado debe quedar, exclusivamente, el terreno espiritual y para el Ayuntamiento la obligatoriedad de aportar los recursos posibles, cuando no suficientes, para que los conqueses podamos sostener la tradición "semanasanta", indudablemente la más importante de cuantas poseemos o al menos, la más multitudinaria. EL BANZO considera que la postura de la representación de nuestras Cofradías es justa y por eso la defiende. ●

Reivindicación de Luis Esteso

Una de las facetas íntimas de EL BANZO es la actitud de los profesionales de la información hacia la Revista. Casi todos —los de Cuenca— estamos aquí. Algunos de los que no están darían el paso, de buena gana. El último que lo ha hecho fue Rafael Núñez. Desde nuestro primer día de existencia contamos con su simpatía y apoyo. Le faltaba el hecho trascendental de escribir algo, de que su nombre figurase en la primera página de esta Revista. Lo hizo, al fin, y sabemos de la íntima alegría de Rafael Núñez por haber dado ese paso. Este es el último artículo escrito por Rafael Núñez, el primero y el único que aparece en EL BANZO. Quienes tengan una ligera idea de este mundo confuso en que se desvuelve la prensa española de ahora, entenderán cuán grande es nuestra emoción al recibir la firma de Rafael Núñez, su última firma.

No sé cómo ni por qué, había surgido en la conversación el nombre de Luis Esteso. Habíamos hablado de "generaciones perdidas", de la fuga de cerebros, de batallas imperiales y hasta del retraso democrático español. De la guerra del catorce y de esa retahíla de nombres nuevos —para quienes tenemos cumplidos y bien cumplidos los cuarenta—, algunos con marchamo de Premios Nobel y todos con una fama y popularidad extraordinarias. Nombres, aventados por la diáspora de la última guerra fratricida, de los más diversos campos del quehacer humanos. Mi viejo amigo don Alfonso, viejo en amistad y años, nombró a Luis Esteso, entre fechas, acontecimientos y alabanzas o vituperios, para poetas, médicos, literatos, catedráticos, políticos y politicastro. No recuerdo, ni el por qué, ni el cómo y menos el para qué.

Esteso, el de San Clemente, fue aquél a quien un día se le ocurrió, parodiando romances de ciego, recitar en un escenario unas coplillas que hablaban de un crimen cometido por tres ladrones, "a eso de las doce y media", situando la acción en la pro-

vincia de Cuenca. Nos invistió así de un "sambenito" sangriento y de una leyenda conocidísima, desde aquella "belle époque", que aquí tuvo muy poco de bella. Coincidió con mi viejo amigo Alfonso, viejo en años y en amistad, en que el humorista no pensó, jamás, en la trascendencia que iba a tener su romance y hasta puede ser que quisiera mencionar a Cuenca dado su cariño hacia ella, pues bien sabido es la predisposición a nombrar aquello que se quiere en cualquier manifestación artística, aunque en este caso fuera para situar unos hechos tipificados como delito en todos los Códigos penales del mundo. No hubo en ello —insistía mi amigo— menosprecio, desprecio o vilipendio y mi interlocutor, coetáneo del caricato, lo afirmaba con énfasis, abriendo los ojos desmesuradamente, para subrayar la amistad que les unió al comenzar la década de los veinte, así como lo ameno y agradable de su conversación, su recia personalidad, tan distinta a la del humorista chocarrero y bullanguero del teatro de La Latina o al falso "finolis" del Romea.

Como el tema me interesaba y Es-

teso, para mí, significaba otro más de los numerosos proscritos en recientes publicaciones, charlas, conferencias y hasta en conversaciones privadas, le pedí me hablase de él, a lo que el bueno de don Alfonso accedió, aunque en ocasiones se le iba el santo al Cielo o pasaba de una cosa a otra sin explicarme la inicial ni la subsiguiente. De sus palabras deduje que Luis Esteso, como tantas personas, poseía una doble personalidad y así, por ejemplo, después de sus giras se recluía en la biblioteca, vasta biblioteca de su casa en la calle de la Encarnación, donde leía a los clásicos, escribía libros serios —¿dónde estarán?— y hasta llegó a patrocinar ediciones populares de las obras de Quevedo, Feijóo o Saavedra Fajardo, con el consiguiente descalabro económico, claro.

La gente —dijo una vez— no apreciaba más que la pimienta y la sal gorda de mis chistes.

"Tuvo que decir —frase textual de don Alfonso— las más grandes barbaridades que se han dicho en los escenarios, para ganarse el "cónquibus" y cuando no hacía todavía dos horas que acaba de deleitarse con nuestros clásicos, con alboroto chungón, cantaba aquello que decía:

Yo me río de Azorín
de Baroja y Valle-Inclán,
Unamuno, pa mi, plin
pues tengo mi plan.
y diré a la faz del mundo
aunque el mundo así le pete:
¡No me tiren alcachofas,
porque vengo de Albacete!

Esta doble faceta la ignoraban sus numerosísimos espectadores, solo atentos a los diálogos "verdes" con su esposa, la Polonia —la popular "La Cibeles"— en aquellas noches madrileñas, al aire libre, del Metro-Cine de Cuatro Caminos. No hará falta decir que, para don Alfonso, Luis Esteso es el mejor humorista que ha tenido España y frente a él estaban Camilín, Alady, Chimenti, Poussinet, Ramper y los restantes, desde entonces hasta hoy. Nadie —volvía a decirme apoyando su afirmación con una palabra gruesa— nadie, ha tenido la naturalidad y espontaneidad que él tuvo, y para mí, ha sido y continúa siendo el as del retruécano... y amén.

Una verdadera institución en Madrid, popular en extremo, que moriría de un cáncer de laringe. Acababa de instaurarse la Dictadura. Por los "madriles" se comentaba que en la agonía les dijo a su mujer y a su hija:

—¡"Yo me voy! ¡Ahí os quedais con Primo de Rivera"!

Don Alfonso, mi viejo amigo, dice que no fué verdad.

R.N.R.